

# LA UTOPIA DE LA DEMOCRACIA PLENA Y EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968

Julio Boltvinik

## **Un Movimiento que mostraba la posibilidad de la democracia plena y no perseguía propósitos gremiales sino universales**

El 18 de septiembre de 1968, hace casi cincuenta años, transcurrió para mí, como todos los días de esos intensos meses, hacia las 12 horas, una asamblea en El Colegio de México (Colmex) donde estudiaba la maestría en economía; ahí se informaba de los acuerdos del Consejo Nacional de Huelga (CNH), se discutían temas para votar y decidir para llevar al Consejo en la noche, y se acordaban las tareas internas inmediatas. Después, casi siempre redacción y reproducción de volantes en mimeógrafo, volanteo y mítines relámpago durante las horas de luz restantes. Nos subíamos en parejas a los autobuses urbanos y mientras una persona repartía volantes y boteaba, la otra improvisaba un brevísimo discurso. En cuanto acababa el reparto de volantes, descendíamos del autobús. La brevedad estaba dictada por la amenaza de aprehensión. A muchos, cuando hacíamos eso, nos temblaban las piernas. El mitin relámpago se hacía en grupos de diez o más personas: nos encontrábamos en algún lugar, nos parábamos y, tomados de la mano en línea o círculo, gritábamos algunas consignas, pronunciábamos un discurso muy breve, repartíamos volantes y nos dispersábamos.

En la noche fui al Auditorio de Medicina, donde sesionaba el CNH. Sólo habían pasado cinco días de la gran marcha del Silencio (13 de septiembre) que había sido impactante y había demostrado la capacidad organizativa, la disciplina y el gran poder de convocatoria del Movimiento. Con la sesión en marcha, hacia las 10 de la noche, Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, representante de Chapingo, entró al auditorio gritando que el ejército tenía completamente rodeada CU. Confirmado el hecho, se levantó la sesión del Consejo con la recomendación que no opusiéramos resistencia y nos dejásemos aprehender si no había otro remedio, pero lejos del auditorio de Medicina para que no nos identificasen como miembros del CNH. Alguien sugirió que caminásemos hacia la explanada de rectoría. Eso hicimos Miguel Ángel Rivera Villaseñor, también estudiante de la maestría en Economía, y yo, representantes de turno del Colmex (nos turnábamos con Guillermo Palacios y Jorge Aguilar Mora, estudiantes

de Historia y de Lingüística respectivamente).<sup>1</sup> Cuando estábamos cerca de la explanada nos confrontó un soldado que nos exigió que levantáramos las manos y camináramos hacia la explanada. Nos llevaron en numerosos autobuses urbanos a distintos sitios. A mí y a Miguel Ángel al Palacio Negro de Lecumberri, la cárcel preventiva de la Ciudad, que sería mi residencia por los próximos cuarenta días.

Cincuenta años después me sigo preguntando cómo fue posible que los estudiantes de El Colegio de México, *todos becados y de tiempo exclusivo*, casi todos estudiantes de posgrado, parte de la élite estudiantil del país, declarásemos la huelga y enviásemos representantes ante el CNH. Votamos a favor de la huelga sin pensar siquiera en la posibilidad de que nos suspendiesen la beca, *no nos importaba*. Era tal la fuerza de lo que estaba pasando que nos arrastraba a todos. Éramos agentes casi involuntarios de una fuerza social gigantesca. *Vivimos en plena libertad*,<sup>2</sup> en el seno de una sociedad represiva, como militantes políticos de tiempo completo durante menos de dos meses.

La organización del Movimiento Estudiantil era una forma de democracia en dos niveles: asambleas de escuelas y la asamblea del Consejo, integrada por dos representantes de cada escuela. Las decisiones, antes de votarse en el CNH se llevaban, en general, a las asambleas, de tal manera que los representantes éramos realmente *delegados*. Una estructura así permitía la participación de todos en el proceso de toma de decisiones. ¿Alguna vez las instituciones de este país funcionarán así? La UNAM, el Poli, el Colmex, siguen encabezadas por juntas de Gobierno que no representan a los miembros activos de la institución y que nombran directores, rectores, presidentes. En su interior, predomina el autoritarismo a pesar de la existencia de cuerpos colegiados que, en principio, toman decisiones por mayoría de votos.

Se ha dicho, con razón, que el Movimiento Estudiantil fue una *lucha por las libertades democráticas en un país asfixiado por la dictadura perfecta*. También se ha dicho que el punto más importante de nuestro pliego petitorio fue el de *diálogo público*, con el que el Movimiento quiso evitar los acuerdos en lo oscuro donde prevalecen los sobornos o la coerción. Me parece que *lo más subversivo de todo era nuestra forma de organización democrática que, con el ejemplo, criticaba hasta la raíz a las organizaciones autoritarias que dominaban y siguen dominando, de manera casi absoluta, a este pobre y deshecho país*.

También resultó muy *subversivo un Movimiento* que, a diferencia del movimiento ferrocarrilero, o electricista, o el de los médicos, *no perseguía objetivos gremiales* centrados en los intereses de los estudiantes, sino *propósitos universales para todos los mexicanos*: libertad

<sup>1</sup> En su Apéndice sobre los miembros del CNH de cada escuela o institución, Guevara Niebla nos incluye, correctamente, a Jorge Aguilar Mora y a mí, pero incluye, incorrectamente, a Enrique Cosío y a Ricardo Valero, en vez de Miguel Ángel Villaseñor y Guillermo Palacios. *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*, Cal y Arena, México, 2004, (p. 330)

<sup>2</sup> Gilberto Guevara Niebla, *op. cit.*

de los presos políticos, derogación del delito de disolución social, y mucho más que todo eso, *libertades democráticas para todos*.<sup>3</sup>

## ¿Democracia plena o pirámide?

El lunes 22 de septiembre de 2008, hace diez años, promoví el “Recordatorio del Movimiento del 68 en El Colegio de México”. Algunos de quienes fuimos activistas compartimos recuerdos. Además de militantes del Colmex, en la mesa estuvieron dos invitados: Salvador Martínez della Rocca, *el Pino*, y Sergio Zermeño. También hubo participaciones del público, entre ellas las de varios profesores actuales de la institución. Algunos señalaron que los estudiantes no estábamos solos: tuvimos el apoyo de profesores, intelectuales y de algunas autoridades universitarias. Se resaltó el destacado papel del rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, en los acontecimientos. Zermeño señaló que ante la brutalidad del adversario (PRI-gobierno-presidente) resultaba importante la alianza con la clase media. La postura de defensa de la autonomía universitaria por parte del rector (bandera a media asta, participación en marchas y mítines), dijo, le dio respetabilidad al Movimiento e hizo posible su alianza con la clase media, lo que se expresa, entre otras cosas, en la participación activa de la Universidad Iberoamericana y del Colmex.<sup>4</sup>

Algunas participantes (Isabel Molina, quien era estudiante, y Margit Frenk, que era profesora en 1968) expresaron que aquella era la primera vez que participaban en un movimiento político, y que *la experiencia les cambió la vida*. Margit Frenk, hoy profesora emérita del Colmex, narró el enorme miedo que prevalecía que, sin embargo, no impidió la participación. Cada vez que salía para ir a una marcha, nos dijo, le dejaba a sus hijas mil pesos, por si no regresaba.

Recordé que al final de la manifestación del 27 de agosto (lleno completo en el Zócalo, que durante cuatro horas continuó recibiendo contingentes), Sócrates Amado Campos Lemus se hizo del micrófono y arengó a la multitud para que permaneciesen en plantón permanente hasta el día del Informe. El plantón facilitó la represión esa misma noche. Cuando en el Consejo, días después, se planeaba la Manifestación del Silencio, propuse que para evitar otro desaguisado similar hubiese un control férreo del micrófono en el mitin del Zócalo. Fui

<sup>3</sup> Pablo Gómez sostiene dos cuestiones que coinciden con lo que he planteado: 1) “Los numerosos movimientos sindicales democráticos no plantearon nunca la lucha por las libertades democráticas en general, como tampoco lo hizo el movimiento agrario de los años sesenta” (pp. 449-450). Añade que la izquierda independiente del país tenía la democracia política como programa primordial, y 2) La expresión de la democracia política y de las libertades democráticas están contenidas en el pliego petitorio (p. 450).

<sup>4</sup> Guillermo Palacios, militante del Comité de lucha del Colmex, declaró a *Memorial del 68* (UNAM-GDF, 2007, p. 65) que la manifestación del rector le dio al Movimiento “un halo de institucionalidad” que animó a muchos profesores reacios a participar en él.

nombrado maestro de ceremonias para tal mitin con el encargo de ceder la palabra sólo a los oradores programados. Era tal mi temor de no poder cumplir cabalmente la misión aquel 13 de septiembre, que en lugar de caminar con el contingente del Colmex me instalé en el camión del Poli desde el museo de Antropología y me apoderé del micrófono desde ahí. Ya en el Zócalo, arriba del camión, narré el lleno total que alcanzábamos y la entrada continua de contingentes, leí los comunicados que llegaban previa revisión de que fuesen de buena fe, anuncié a los oradores y les pasé el micrófono, di por concluida la manifestación, y pedí a todos que se dispersasen. No hubo sorpresas que lamentar. Todos los análisis del Movimiento coinciden en que la Manifestación del Silencio fue el momento más alto del movimiento. Cinco días después el ejército invadió CU. Fui uno de los cientos de apresados.

En el Recordatorio, Zermeño puso en duda el carácter ejemplarmente democrático de la organización que yo sostuve, señalando que la tendencia a reproducir la pirámide (la formación de un pequeño grupo dirigente en la cúspide) fue tapada por la represión del 2 de octubre.<sup>5</sup> No dudo que se estuviese formando una élite dirigente. De hecho, desde el principio destacaron personajes como Gilberto Guevara Niebla, Eduardo Valle, el Búho, Cabeza de Vaca, Roberto Escudero, Raúl Álvarez Garín, Marcelino Perelló y Pablo Gómez. Pero lo dicho por éste último sobre la organización del Consejo, avala mi postura (*Memorial del 68*):

El CNH no era un pequeño grupo, no era un caudillo: no había posibilidades de que semejante cosa se produjera. Ese parlamento llamado CNH estaba formado por los delegados de cada escuela, y esos delegados eran elegidos en asamblea. Los delegados, los miembros del CNH, iban a consultar a sus asambleas [...donde] se discutía y volvían otra vez al punto de vista de las asambleas [...] Era un procedimiento totalmente democrático y parlamentario, en el que los parlamentarios estaban obligados a consultar a sus electores antes de tomar una decisión.

Creo que Gómez se queda corto: era *una red de parlamentos con dos niveles*. ¿Puede haber una mecánica más democrática que ésta?

José Revueltas analizó los organismos creados por el Movimiento Estudiantil desde la perspectiva de la autogestión. Señaló los contrastes entre la Sociedad de Alumnos y los Comités de Lucha y entre la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) y el CNH. Extractos de su análisis son los siguientes:

La Sociedad de Alumnos, agrupación limitada, burocrática, mediatizada por una superestructura de ordenamientos paralizantes y viciosos destinados a impedir la acción revolucionaria del

<sup>5</sup> En su artículo "A 40 años. ¿Qué cambió, qué permanece?", en Salvador Martínez della Rocca (comp.), *Voces y ecos del 68*, Miguel Ángel Porrúa, 2009, pp. 367-385, Sergio Zermeño mantiene esta tesis y añade muchas reflexiones interesantes.

estudiantado sustituyéndola con los métodos de la politiquería oficial. El Comité de Lucha como organismo democrático y revolucionario, electo directamente en las asambleas, cuestionable, cuestionado y susceptible de revocación. El CNH como organismo de masas, ligado a éstas por vínculos orgánicos (los delegados) y que reúne las condiciones de un cuerpo dirigente de tipo nuevo, donde se funden las atribuciones de orientación política, dirección y ejecución, en unidad con las bases de cada centro de estudios, escuela, facultad o instituto, o sea, como una realización de la *praxis*...

## La experiencia de la cárcel y el valor de la libertad

La tarde y noche de la Matanza de Tlatelolco algunos se salvaron de la muerte porque no les tocó en la ruleta rusa de la balacera cruzada y de las bayonetas al acecho (el Estado Mayor Presidencial disparando al ejército para exacerbar su furia y que atacase con fuerza a la multitud). Otros, como Cabeza de Vaca y yo nos salvamos porque ya estábamos presos.

Estar encarcelado puede ser una experiencia terrible, pero puede tener, cuando la compañía es adecuada, su lado luminoso. Como dice Cabeza de Vaca: "Con casi tres años en esas circunstancias sí era un ambiente que hicimos bueno. No era bueno, lo hicimos bueno a fuerza [...] nada más por afinidades se hacen grupos adentro de la cárcel. Se sigue escribiendo, pintando, leyendo, discutiendo" (*Memorial del 68*, p. 157). Los de la M, en la cual el huésped más distinguido era Eli de Gortari, íbamos al campo deportivo una vez al día, un par de veces a la semana podíamos ir al baño de vapor. Leíamos varios periódicos diariamente, sobre todo el *Excelsior*. Jugábamos ajedrez, pero lo mejor eran las conferencias sobre historia de México de Eli de Gortari. Yo sabía que era un filósofo muy destacado, experto en lógica dialéctica, pero no sabía que fuese también un experto en historia de México. Lo escuchábamos atónitos, en un silencio impresionante. Más tarde llegaría a esa cruzía José Revueltas, quien fue apresado en noviembre, cuando yo ya había sido liberado. Hubiese sido una gran oportunidad, para continuar aprendiendo de él, haber coincidido en la cárcel. Durante el Movimiento había conocido a Manuel, el Pelón, Aguilar Mora. Con él fui un par de veces a una oficina en CU a conversar largamente con José Revueltas. Fue una experiencia inolvidable. Revueltas y el Pelón discutían de la circunstancia política del momento a un nivel que yo ni siquiera sabía que fuera posible, y me dieron documentos muy densos al respecto que leí ávidamente (probablemente sin entender mucho).

En Lecumberri casi no leí, salvo periódicos y revistas. La familia y los pocos amigos y amigas que nos visitaban, tenían miedo de llevarnos libros muy políticos, especialmente de marxismo. Una amiga me llevó *El Quijote*, del cual no leí una sola página. Al llegar los periódicos en la mañana se leían en voz alta las notas principales. Hablábamos sobre el Movimiento buena parte del día. En la sala de defensores teníamos visita casi diaria. Estando

en Lecumberri me sorprendió la existencia en las cárceles mexicanas de la visita conyugal (agudo contraste para alguien que, como yo, devoraba películas de todo tipo y le encantaban las de cárceles, casi todas de Hollywood, en las que había aprendido que en ellas la abstinencia, la masturbación o la homosexualidad, eran las únicas opciones para los presos varones: no recuerdo haber visto películas de mujeres presas). La visita conyugal, además, era muy liberal: la mujer que visitaba no tenía que demostrar ser esposa del preso. Me enteré mucho tiempo después, sin embargo, que las compañeras presas en Santa Martha Acatitla no tenían este derecho ni estaban en crujiás reservadas para presas políticas (declaraciones de Nacha en *Memorial del 68*, p. 159).

El jueves 3 de octubre nos enteramos de la Matanza de Tlatelolco por los periódicos (nadie de la crujiá tenía televisión ni radio). Fue un cubetazo de agua fría. No podíamos creer que hubieran disparado contra la multitud y, desde luego, sabíamos que eran mentiras oficiales las versiones que atribuían a los estudiantes los primeros disparos. Vivimos en una angustia espantosa en los siguientes días, sin saber quién estaba muerto, quién desaparecido, y si el Movimiento podría continuar. En esos momentos el aislamiento de la cárcel fue durísimo.

A lo largo de los cuarenta días que pasé en Lecumberri, la pregunta más angustiante, que aparecía cuando me quedaba solo o con mis compañeros de celda, era *cuánto tiempo íbamos a estar presos*. Mi auto de formal prisión, como el de todos, era por muchos delitos, lo que hacía pensar en muchos años de cárcel. La idea de envejecer ahí era terrorífica. Como dijo Antonio Pérez Sánchez: "Podías estar vacilando todo el día y albureando y haciéndole bromas a los vecinos y compañeros, pero llegaba un momento en que te quedabas solo y decías *ya tengo un año aquí, ¿cuánto nos falta?* Entonces te deprimías, era lo que se conoce como *el carcelazo*".

Como dijo hace diez años Luis Hernández Navarro: "Se equivocan quienes se despiden ya del 68. Los 40 años del 68 son campo de batalla en contra del autoritarismo y momento de celebrar *su victoria cultural*" (*La Jornada, Suplemento Especial 1968-2008*, 2 de octubre de 2008, p. 15). Dos de octubre no se olvida. Tampoco los 131 días que duró el Movimiento Estudiantil y que "conmovieron a México".

### **José Revueltas, el Movimiento del 68, las necesidades radicales, y la autogestión académica**

Como dice Roberto Escudero en el prólogo al libro de José Revueltas, *México 68: Juventud y Revolución*, Revueltas "se integró al Movimiento prácticamente desde el primer día, todo lo compartió como uno más de sus miembros y jamás, ni aun en la cárcel, exigió o aceptó siquiera los pequeños privilegios que de manera natural y muy comprensible los estudiantes le ofrecían" (p. 12). En el prólogo destaca una idea muy profunda que Escudero rescata de uno de los ensayos de Revueltas: "Cualquier movimiento revolucionario, incluido el Movimiento del

68, 'es socialista porque las necesidades de democracia cabal que han planteado, sólo pueden ser satisfechas cuando el proletariado... se libere a sí mismo y a la sociedad en su conjunto'".

Esto que dijo Escudero corresponde al concepto que han sistematizado Agnes Heller y György Márkus (los dos más importantes miembros de la Escuela de Budapest que, junto con la de Frankfurt han mantenido vivo, y desarrollado, el pensamiento crítico de Marx): las *necesidades radicales* que definen como aquellas necesidades que genera el propio capitalismo pero que éste no puede satisfacer. *La democracia cabal, planteada a fondo por el Movimiento Estudiantil, es sin duda una necesidad radical*. Pero la diferencia con Revueltas es que éste seguía concibiendo al proletariado como la clase revolucionaria única, como la única portadora de dichas necesidades, como la encargada de la misión de superar el capitalismo. En cambio, Heller y Márkus conciben que los agentes del cambio son *aquellos que cobran conciencia de sus necesidades radicales*: además de democracia cabal, las de tiempo libre, creatividad, autorrealización, la necesidad de dejar de ser *bourgeois* (persona privada que lucha por su propio interés) y transformarse en *citoyen* (que actúa buscando el bien colectivo).

Roberto Escudero cierra el prólogo diciendo que Revueltas "fue un hombre que, en su conducta, como en su obra, reiteró cotidianamente la exigencia planteada a sí mismo, la de ser lo que Gramsci llamaría un intelectual orgánico del proletariado, un escritor libre y conscientemente comunista, enemigo de todo dogma e impostura" (p. 17).

El planteamiento más original y más profundo de Revueltas en el Movimiento Estudiantil, y muy coherente con la necesidad radical de democracia cabal, pero que habría de tener muy poco eco, fue el de la *autogestión académica*. A este tema están dedicados varios de sus escritos en el libro citado. En uno de ellos propone como lema de la autogestión académica: *aprender es impugnar e impugnar es transformar*. Su propuesta, muy polémica porque linda en la frontera de terminar la huelga, la formuló como: "se mantiene la protesta, se reanudan los estudios". Pensaba que con ello se daría un golpe rápido, en corto, contra el enemigo al ganar para el Movimiento Estudiantil una simpatía activa muy vasta entre las grandes masas de opinión. En el mismo párrafo, sin embargo, habla de *mantener el estado de huelga e instaurar la autogestión académica*. Esta aparente contradicción se explica porque la reanudación de estudios sería bajo condiciones radicalmente distintas: una vez que el estudiantado hubiese comprendido qué es la *autogestión académica*, se elegirían los *comités de autogestión* en cada facultad o escuela y, a partir de ellos, el *consejo de autogestión*. "El objetivo ideológico fundamental de la autogestión académica —dice Revueltas—, sería el de establecer el concepto y la práctica de la *democracia cognoscitiva* como instrumento de la lucha por la libertad y como la libertad misma del futuro". No se trata de una utopía dentro de la torre de marfil de la universidad. Por el contrario, el concepto de democracia cognoscitiva para el gran escritor "aplicado a la realidad universitaria no hace sino ceñirse a la naturaleza objetiva en que la Universidad se sitúa a sí misma en la historia como caldo de cultivo donde las más diversas clases sociales —incluso el proletariado— nutren y desarrollan los cuadros que integrarán su *conciencia organizada*".

Conozco dos experiencias posteriores al 68 que habrían de seguir, parcialmente, esta senda trazada por Revueltas. Por una parte, la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), que en 1970 y años posteriores se manejaba en cogobierno entre estudiantes, maestros y autoridades. Como parte del cogobierno, y recomendado por Ricardo Valero, impartí un curso de marxismo (en los hechos fue una lectura del primer volumen de *El capital*) y después de mí lo impartió Bolívar Echeverría. Algunos años después se implantó en la Escuela Nacional de Economía (ahora Facultad) un nuevo programa de enseñanza en la cual el pensamiento económico de Marx cobró gran presencia. Este programa duró muchos años. Me parece que ambas experiencias apuntan en la dirección de la democracia cognoscitiva propugnada por Revueltas, al conformar escuelas en las que tanto la clase dominante como el proletariado nutren y desarrollan los cuadros que integrarán su *conciencia organizada*. Sin estas experiencias, la universidad que tendríamos, por lo menos en las ciencias sociales y las humanidades, sería una universidad en la cual sólo las ideas hegemónicas tendrían espacio; en vez de la democracia cognoscitiva por la que pugnó Revueltas, tendríamos una *dictadura cognoscitiva* al servicio de la clase dominante, como la que prevalece en las escuelas de economía del ITAM y de otras muchas instituciones, algunas lamentablemente públicas.

## ¿Se explica el México de hoy por el Movimiento del 68?

El país, a pesar de las múltiples reformas electorales, estimuladas (quizá) más por las guerrillas que por el Movimiento, sigue estando gobernado autoritariamente. Nada parecido a la democracia y libertad radicales que practicamos en aquel año ha trascendido a nivel nacional. La mayor parte de la población sigue sumida en las necesidades existenciales y alienadas. Los partidos políticos, incluidos los de izquierda, que las reformas hicieron legales, están muy desprestigiados. Las elecciones siguen acosadas por el fraude y, ahora crecientemente, por la compra masiva del voto que se ha convertido en mercancía. Los partidos políticos, los sindicatos y las instituciones en general (incluidas, como ya mencioné, las universidades), son predominantemente autoritarias en su interior. Las instituciones autónomas, casi todas de creación reciente, como el IFE/INE, el IFAI/INAI, el INEGI rápidamente fueron capturadas por el poder político y económico. La ciudadanía no se ha desarrollado suficientemente. Se respeta al *bourgeois* y se desconfía de los muy pocos *citoyen* que asoman la cabeza como tales. Seguimos siendo un país de *agachados*.

A pesar de la victoria cultural del 68, la sociedad cambió muy poco. Las reformas neoliberales agudizaron las dos fuerzas que, como decía Gerald Alan Cohen, gobiernan en el capitalismo: el miedo y la codicia, ambas son repugnantes. No hay muchas esperanzas y los jóvenes, que tienen muy pocas expectativas, incluso como *bourgeois*, están despolitizados. ☹